

1007

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de la Universidad
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

LOS GUSANOS ROJOS *

—Memorias de soldados contemporáneos de Cervantes—

DR. SERGIO FERNÁNDEZ
Facultad de Filosofía y
Letras U.N.A.M.

TENEMOS ANTE NOSOTROS un tipo de narrativa muy poco comentada y, acaso por lo híbrido del género —mitad literatura, mitad historia—, es importante para quien desee leer mejor en los signos españoles del período que va de 1581 —fecha del nacimiento del Capitán Alonso de Contreras— hasta 1630 en que comienza la relación de sus memorias. Tal período abarcará las producciones de otros hombres de armas: Jerónimo de Pasamonte, Don Diego Duque de Estrada y Miguel de Castro. Esta narrativa comprueba en sus terrenos (como *La Dorotea* en el suyo) que el hombre del siglo XVI, configurado por la fuerza y la apetencia de su época, cambia paulatinamente hacia otras zonas de la existencia histórica, mismas que habrán de llevarlo a una concepción negativa y melancólica del mundo y sus valores.

Las causas del trueque espiritual que se registra del Renacimiento al Barroco pueden conectarse directa e indirectamente al fracaso político (de entraña económica) que sufre España en las postrimerías del siglo. Entre otras causas se debe a que el Imperio ha sido vulnerado por la derrota de la Armada Invencible y que tal derrota es resultado, en lo político, de una falta de administración en todos los órdenes y de una total carencia de miras prácticas. En lo moral, a una conciencia excesiva del propio valer y a la confianza —también extrema— depositada en un sistema religioso que a ellos, a los españoles, los amparaba sin reservas. Por eso el episodio de la Armada —elegido por ser preponderante— no es el único que marca el descenso y bien puede tomarse como símbolo: el de la sorpresa de encontrar un tope

* Este ensayo está incluido en "Las Grandes figuras del Renacimiento y el Barroco". Edit. Pormaca. Méx. 1966.

a la colectiva ambición del hombre realizador de la Conquista. La derrota de Felipe II (quien, en parte por soberbia, en parte por ser un espíritu mítico, la justificó por medios naturales) implica saber —conocimiento no necesariamente confesado— que en el concierto universal de los acontecimientos hay otras voluntades que cuentan y ver, finalmente, que un mundo distinto —el llamado “moderno”— surge sin necesidad de apoyarse en las propuestas españolas que van desde Loyola y la mística hasta Cortés y Alfonso de Valdés, el humanista. Bien conocido es que es ésta la época del desmembramiento interior; que, no obstante el fracaso de la expedición española para derrotar a los ingleses, deberán pasar aún muchos años para que la enfermedad del Imperio se haga perceptible. Se sabe, se comenta, se dice a hurtadillas que algo adverso acontece, pero el fantasma de la decadencia aún no se aproxima demasiado como para que el español pueda, en rigor, hacerse cargo de su inoportuna y grave carga.

Como es natural, varias son las reacciones que se presentan ante esta realidad confusa y dependen, en lo fundamental, del individuo en sí más que de la colectividad; de la clase social a la que pertenece, de lo agudo o romo de la inteligencia para comprender el momento; de la cultura personal. No hay aún un “clima” histórico definitivo y es por ello que los libros que ahora comentamos son, en cuanto documentos, un rico material en el cual podemos atisbar cómo en un cierto tipo de hombre se gesta, a las claras, la transformación que va de una conciencia que conquista a esa otra que, ya en el dintel de la derrota, entorpece el gozo de la vida con amargura, resentimiento y soledad. En estos libros no habrá un profundo velo literario que impida sorprender la trayectoria. Al contrario, son fuentes evidentes de un ser histórico en transición, cargado de energía contradictoria y por ello patética. Hay un abismo entre Cortés, surgido en el más álgido momento histórico de España, y estos hombres de armas que, no obstante el vigor, la temeridad y la fortaleza de su espíritu, arrastran gérmenes de melancolía porque España —pese a lo que aún se piensa de ella en la Europa del tiempo— no responde (en los hechos de guerra tanto como en los otros, de naturaleza humana) a la elección que de ella hizo Dios. Más adelante la justificación la dará el mundo barroco al vivir la derrota política en el tablero europeo como evidente signo de su incondicional triunfo en el más allá.

Son cuatro los libros que analizaremos: la *Vida del capitán Alonso de Contreras*, la *Autobiografía de Jerónimo de Pasamonte*, las *Memorias de don Diego Duque de Estrada* (Primera parte de el libro intitulado *Comentarios de El desengañado de sí mismo*, prueba de todos estados y elección del mejor de ellos, o sea vida del mismo autor, que lo es don Diego Duque de Estrada)

y finalmente la *Autobiografía de Miguel de Castro*.¹ Ya el extenso título del libro de don Diego y la materia por él amparada (es un *desengañado de sí mismo*) cambiaría el tono de la literatura reinante en el siglo XVI. Sin embargo aún queda, debido a lo primitivo, a lo burdo de la naturaleza de estos soldados escritores, algo de ese espléndido cerco de placer que anunció *La Celestina*; algo aún de ese “no podemos errar” de la alcahueta, común a las producciones españolas del Renacimiento. Algo de ello y, además, una desmedida conciencia de los méritos personales que involucra un altivo sentido de nacionalidad. Pero en general se caerá en una actitud de fatalismo e hipocondría que, si bien ensombrece la vida, exaltará los valores del arte a regiones extraordinarias y nunca repetidas en la historia de España. Al analizar estos libros sorprendemos mezcladas las dos actitudes —alegría y desengaño, placer y desilusión— en una línea tendiente al triunfo de lo negativo, de lo enfermizo; a una atmósfera donde el pecado se adueñará de la conciencia y el hombre quedará reprimido a tal grado que el siglo XVII será el renacimiento de una Edad Media enriquecida y revitalizada. Nada más corto, nada más efímero que la conquista española del siglo XVI. Y es esta época de gran esplendor la que, de ahora en adelante, paradójicamente, ensombrecerá con su altura la memoria del ser que la hereda obligándolo a suspirar y sonreír con indiferencia fingida ante la grandeza ya extinta.

Pero reparemos en que el hecho de que un soldado escriba es singularmente digno de atención. Esta literatura es índice de una gran cultura ambiental, congénita históricamente y que hace posible el nacimiento de un Lope de Vega o un Baltasar Gracián. Quienes redactan estos libros son hombres que se entregan a la vida —como los pícaros, como los religiosos— a temprana hora. A los trece, a los quince años a lo más los soldados están ya en funciones. Se empieza pronto porque muy pronto se termina. Y estos adolescentes recorren los caminos que los llevarán —olfateando de pasada la Corte— a servir en los tercios o en las galeotas por tierras y mares enemigos. ¿Qué tiempo hay para leer, para pensar, para analizar? Lo hay, en cambio, para matar, para ultrajar, para comer y gozar de las delicias de la cama al lado de una prostituta; lo hay para la crueldad, el arrepentimiento, la gula o el hambre. Lo hay para rascarse los piojos o para decir imprecaciones; para ir a misa y confesar los pecados, para robar a una turca o tomar venganza en el amigo que ha cometido la traición. Lo hay para perseguir una goleta en la que se asoma una bandera con tres medias lunas y para intentar dar caza a *Guatarral*;² para coquetear con una monja mien-

¹ Véase *Biblioteca de autores españoles*. Continuación de la colección Rivadeneira. Tomo X *Autobiografías de soldados* (siglo XVII), Madrid, 1956.

² Sir Walter Raleigh.

tras se aguarda la sentencia de muerte, para comer una gallina entera y distraer la angustia del patíbulo; para degollar al moro, jugar a los naipes, emborracharse en la Corte pontificia y "quebrar", en la plaza, un toro y otro toro. Lo hay, también, para escribir. Y estos soldados que tienen una cultura elemental se dan el lujo no sólo de redactar sus memorias, sino de lanzarse a la peregrina tarea de hacer comedias al estilo de Lope de Vega o sonetos que imitan a Garcilaso y aún a Góngora. Por ello la literatura que tenemos ante los ojos —si bien dista mucho de ser obra de arte— está escrita con la conciencia de aquel que sabe que lo asombroso de la hazaña personal hará que el lector beba con avidez las páginas.

Por lo general estos soldados escriben con propósitos confesados de ascetismo y pedagogía. Pasamonte afirma que no desea "vanagloria" y que pretende el "remedio de católicos". Y es que el desparpajo y la violencia de experiencias como la suya los obliga a un decaimiento moral que lleva aparejado el anhelo de la vida monástica. Así las cosas hemos de leer, entre líneas, que existe la conciencia moderna de la fama: el soldado metido a franciscano desea conservar su nombre en el mundo y nada mejor para lograrlo que escribir sus gloriosas memorias. Es ésta, además, la mejor manera de no cesar de ser lo que se ha sido, de perpetuar la aventura dentro de la calma del convento o en la postración a la que conduce la vejez. Resulta natural que estas biografías estén ampliamente conectadas no sólo a la vida de este período, sino también —y con mayor razón— a la literatura. Son el documento precioso que pone en tela de verdad la paradoja de Wilde que afirma a la vida como imitadora insistente del arte. En la *Vida del capitán Alonso de Contreras* seguimos una noche al propio capitán quien, con unos amigos, encuentra a un hombre, que, escondido en las sombras, se entrega al amor. Como las bravatas surgen a cada instante y hay la necesidad de encontrar el pretexto de la injuria, misma que afirma virilidad, un soldado valenciano que los acompaña se rezaga. Los otros oyen voces y minutos más tarde se les reúne llevando consigo, a modo de trofeo, la capa y el sombrero del desconocido. Entonces les dice que "No se quejará más el sinvergüenza, que le he enviado a cenar al infierno y me ha dejado la capa". Nadie exige aclaración alguna, como si el hecho en sí mismo se justificara y, sin hacer caso de la muerte, entran a una hostería "Por un postigo, y diciendo y haciendo, comenzaron a dar tras el patrón y dando cuchilladas a las garrafas de vino, que eran muchas, y coces a las botas de vino, de suerte que las destaparon, corriendo el vino como un río". La violencia del episodio no impide que observemos en él, dos tiempos: el primero —el del asesinato— parecería estar tomado del *Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina: igual desparpajo, igual cinismo, la misma falta de moral y de sensibilidad.

En cuanto al segundo ¿quién no recuerda los muchos desatinos que ofrece Don Quijote y en particular aquel en que destroza las barricas de vino? Quien esto escribe lo mismo celebra una matanza y un desorden que aplaude a Lope cuando en Madrid asiste a las representaciones de su teatro.

El caso de Alonso de Contreras no es excepcional. Don Diego Duque de Estrada mata a su "hermana y mujer" con la misma fruición con la que escribe sus comedias o participa en un concurso literario.

Estamos en un ámbito de pasiones contradictorias donde caracteres soberbios e irritables dan lugar a un realismo crudo y fatídico. No busquemos tonos medios, o suaves, o singularmente matizados. Aquí no se ahorra un átomo de plebeyez, de ruindad, antes bien, se exagera porque hasta un atavismo al presentar cuadros como los que desfilarán ante nosotros. Se anticipa ese tipo de literatura procaz a la manera de *Estebanillo González*, obra con la que descendemos hacia los más profundos abismos de la conciencia de los hombres, de su bestial comportamiento. La diferencia estriba en que en las autobiografías de estos soldados hay también un alto sentido de la caballerosidad heredada, de la dignidad, del honor, del culto por formas que, aunque huecas, están en cierto modo vivas y que la novela picaresca desconoce completamente. En vano intentaríamos encontrar otros libros donde más detallada y novelescamente (a veces a propósito, en ocasiones sin conciencia) se nos entrega un ritmo tan febril y alterado de la vida, misma que completa la naturaleza de la literatura. Nada hay que distraiga la atención de estos seres que forman corros en las aldeas y en los caminos; que pelean por su fe en tierras de herejes; que aman por un día a una mujer a la que seguramente —por celos u honor falsamente dañados— habrán de matar en la primera oportunidad que se les brinde. Nada habrá que nos aburra cuando izan las velas y se hacen a la mar para combatir al turco, al veneciano o al francés.

Un amplio códice de costumbres florece al seguir las huellas de este conquistador herido, en el alma, con gérmenes de una derrota escondida y profunda que pronto habrá de verse a plena superficie. Pero por lo pronto el soldado recorre Europa con el convencimiento de quien se sabe dueño absoluto de una patria que guía a la humanidad. Sabemos que por lo general el ideal al que aspira este hombre sucio, rudo, bestial en ocasiones, es el doble compuesto de guerrero y letrado proveniente del Renacimiento; ideal implícito en las memorias que son la prueba máxima de este supremo anhelo. Su alma primitiva lo lleva a caminos sinuosos y no siempre explicables por la vía de un raciocinio escueto. Al contrario, este soldado con aspiraciones a escritor combina la rudeza de su idioma (de su legal jerga de guerrero) con giros conceptuosos o cultistas, los de un idioma que —aun cuando a él

pudiera parecerle el mismo— no le pertenece. Y así, entre lo espontáneo y lo sofisticado, entre lo natural y lo grotesco, aparece la cortesía que alterna con lo ruín, lo mercenario de ciertas faenas con la generosidad y la valentía propias del caballero andante. Alonso de Contreras es capaz de apuñalar a la Quiraca porque lo ha traicionado, sin mencionar siquiera que lo hace para limpiar su honor. Pero también mata por infidelidad, en Monreale, a su mujer, agregando que “de cuanta hacienda había no tomé una sola moneda”. Es capaz de una cosa y otra porque puede, al propio tiempo, cansado de que lo cele una prostitutilla, de buscarla y “alzando sus faldas, tan a propósito estaba, que le di en las asentaderas dos rebanadas, como de un melón”. Y es que el honor, para esta clase de hombre, lo mismo implica ferocidad que desprendimiento, afabilidad que rudeza. La “negra honrilla” no le da lugar a ser pacífico a don Diego Duque de Estrada y por el padre de un ser tan desenfrenado y monstruoso como él nos damos cuenta de lo que en la época se entiende —al menos teóricamente— por caballerosidad: “no pidas la vida (le dice al hijo cuando éste escapa de la cárcel) a quien te venciere, ni la niegues a quien te la pide, pues tener vida rendida es muerte infame, y matar al rendido no es victoria, sino cobardía e infamia. Esto es en cuanto al honor del mundo; pero el verdadero consejo que te doy es que temas a Dios, reverencias a sus ministros y defiendas su ley”. Tal la idea; la práctica —que va por vías distintas— completa al hombre y hasta lo enriquece. Es este mismo ser quien tiene una profunda conciencia de la desigualdad social y lamenta el sufrimiento al que están sometidos los soldados. Nadie sirve por amor, sino por interés, anuncia don Diego enfáticamente, pues sus memorias respiran miseria y lujo, desenfreno moral y ascetismo, orgullo y desengaño. Es así como la pobreza (elemento inherente a la novela y a la narrativa en general y que elude, con artificiosidad, la *Comedia barroca*) se adueña de estas páginas candentes y magníficas. Pero jamás encontramos la queja directa hacia la política o hacia la sociedad del tiempo. Los ayes personales conducen (ya por ira, ya por resignación o fatalismo) a que nos encontremos con una idea providencialista de la vida. Es la divinidad quien a cada instante interviene, como cuando las huestes españolas entran a Zembra, tierra firme de Berbería. Alonso de Contreras sabe que ha sido Dios quien los vuelve locos ese día y que si reciben la derrota es porque “guardado Dios por su justo juicio” les tenía reservado el castigo a los españoles.

En medio de una maraña de actos brutales y terribles, el lector irá adivinando el *modo* que el soldado tiene de sentir. Pero por lo pronto (ya analizaremos más adelante este problema) uno cae atrapado por estas obras empapadas de sangre, de gritos, de crueldad; de despotismo, de mugre, de

vicio, de impiedad. Múltiples serían los ejemplos de la impudicia en la que el soldado se envuelve a sí mismo para expresar lo que ha experimentado. Impudicia que a él no le parece, como es natural, sino un episodio más, en todo caso desmedido, de los muchos en los que participa. Alonso de Contreras cuenta en cierta ocasión que al piloto de la nave “le desollaron vivo, hinchando de paja su pellejo, que hoy está en la puerta de Rodas”. La frase no se acompaña de un solo comentario que nos permita penetrar en la intimidad del capitán. La escribe con la misma indiferencia con que comenta que los soldados (cuando les están prohibidos los naipes) usan de piojos a manera de juego de azar ya que, encerrados en dos círculos del tamaño de un puño, el que los rebasa triunfa sobre los demás adversarios. Pero aquí comenzaría la lista de atropello y barbarie. A don Andrés de Silva los moros lo parten en canal pues no se deciden a ceder (un bando a otro) la presea. Pasamonte escribe que “Cortaron miserablemente a cuatro cristianos las orejas y narices hasta el caxeo y los dientes”. Al italiano Jerónimo Patti (acusado de haberle metido un clavo en el cráneo a un turco) los enemigos de la fe le rompen piernas y brazos para luego abandonarlo en la playa donde “Un renegado a media noche lo degolló y los griegos lo enterraron como a santo”.

Y ¿qué decir de la época escolar de Alonso de Contreras? Como el maestro le ha dado azotes por culpa del padre de un amigo suyo (que era —aclara— más rico que el propio) toma venganza: “eché al muchacho en el suelo, boca abajo, y comencé a dar con el cuchillejo. Como me pareció que no lo hacía mal le volví boca arriba y le di en la tripa; dijeron todos los muchachos que le había matado, me fui, y a la noche volví a casa como si nada hubiera hecho”. En el episodio hay ira, refinamiento y cinismo, características propias de un ser crudo e insensible por antonomasia. Estos tres estados conducen no al arrepentimiento, sino a la más total indiferencia. En todo el libro jamás se hará ya referencia a este acto porque muchos otros de igual o peor índole cubren la existencia, de tal manera que el asesinato es parte de lo cotidiano. No es extraño que por una palabra mal sonante la gente se mate con el pretexto de la honra y es fácil notar que los cánones de la vida van por una vertiente en donde la pintura deja paso libre a la caricatura, a la exageración del ser y del hacer. Tal desbocamiento —considerado como natural— sería uno de los muchos rasgos de la vida barroca. En este sentido el *Buscón* es copia fiel del alma del hombre de su tiempo, aun cuando parezca exagerado el comentario.

Si seguimos hilvanando en este terreno —uno de los más importantes— ningún mejor ejemplo que el ofrecido por las memorias de Don Diego Duque de Estrada. Seguramente —entre los de la época— es el documento

que encierra mayor dosis de violencia y ferocidad. Sus "notables sucesos" empiezan con el asesinato de su "esposa y hermana", ambivalente frase que nunca se aclara suficientemente pero que por ciertos datos de la obra la interpretamos como real ya que se enamora de su media hermana, y Don Diego la mata una noche cuando la encuentra encerrada en su habitación con un galán al que en medio de su arrebato y desconcierto, no reconoce, y que a la postre resulta amigo suyo. El futuro soldado —semejante a un Calixto corroído por celos— sube la escala que prende de la terraza al jardín y apuñala al supuesto desconocido. Después de la riña confiesa que "dí coces a la puerta de mi hermana o mujer, la cual hallé en la cama, o dormida o desmayada, basta decir que no despertó y no volvió del desmayo de muchas puñaladas que le dí". Una vez cometido el crimen huye y en el libro se registran varios asesinatos más, todos efectuados por incontinencia de ira, de orgullo o de amor propio herido. Lo cruel se haya presente a cada vuelta de página y si alguna tuviéramos que seleccionar, sería ésta la tónica que envolvería las memorias de don Diego. Pocos relatos tan escalofriantes como el que nos hace de la tortura a la que lo someten cuando la justicia lo prende. Sólo así tenemos una más plástica imagen de este tipo de sucesos públicos que enloquecen de placer y frenesí a las multitudes. El reo, sujeto al porpalo, al potro, a la impiedad del fuego o del agua pasa tres horas expuesto a los más espantosos dolores corporales. Entendemos perfectamente el martirio de un San Lorenzo, por ejemplo, o de un San Mauricio; el arte, en pintura, no es sino pálida referencia a la realidad de la vida. Una vez efectuada la tortura, el reo es conducido a la cárcel donde, por no haber confesado, se le alza en hombros, vitoreándolo. Se tiene la impresión de que, en lugar de hombre, son despojos sangrientos los que así transitan por las tinieblas de la prisión. Al día siguiente el verdugo (mediante una recompensa de dinero) lo curará del todo y se supone que don Diego esperará el momento de ser condenado a la horca.

Aunado a tales episodios va, invariablemente, el gusto por lo macabro, por los aparecidos, por todo indicio de comunicación del más allá. Empieza a aparecer la necesidad de conexión con un trasmundo inquietante, como si la vida en cuanto tal ya no entusiasmara debidamente. La literatura barroca será terreno propicio para que la simiente proliferara y se haga característica de la mentalidad del hombre del siglo XVIII. Al capitán Alonso de Contreras y a sus huestes los moros les tienden, en el Cabo de Bonandrea, en Africa, una emboscada en la que parcialmente caen. Varios soldados españoles mueren y son enterrados. A la mañana siguiente los cuerpos son hallados encima de la arena y el capitán piensa que los lobos los han desenterrado porque están sin narices, sin orejas y sacados los corazones.

La razón de tan monstruoso atropello es que los moros llevan a Mahoma los despojos en señal de la merced que les ha concedido al obtener una fácil victoria. Pero el capitán, en venganza, toma a sus prisioneros y a su vez les corta las narices y las orejas, arrojándolas a la arena con estas palabras: "Llevad también éstas". El relato es perseguido acuciosamente por el escritor, quien por lo visto se encuentra en su medio al describir escenas a las que pronto —por repetidas— el lector se acostumbra. Hay un gusto en estas situaciones no privativo del soldado. Quien lea la descripción de la muerte de Felipe II, escrita por Fray José de Sigüenza, comprenderá que el entusiasmo por lo macabro es síntoma colectivo.

En la vida de Pasamonte se comenta el asesinato de la posadera efectuado por el marido, quien, después de darle varias puñaladas, regresa a la casa pues se ha olvidado de arrancarle, al cadáver, unas arracadas "que valían veinte ducados". Después huye. El médico le dice al soldado: "Señor Pasamonte, por la herida de las tripas de aquella mujer le han salido un pañuelo de gusanos gordos y rojos". A lo cual él responde: "Señor, que no son sino dragones de la muerte que ella quería darme a mí". El cambio de una realidad alterada o deformada no satisface y se desea la intervención de un mundo mítico que la complete. En cuanto a Miguel de Castro, empieza su vida diciendo que su madre está enterrada —"Según dicen los doctores"— con dos criaturas en el cuerpo.

Es claro que quienes así piensan y actúan están sumergidos en un ámbito de magia y encantamiento, preludio de los torturados seres que deambulan por la escena trágica de Lope, Tirso y Calderón. Los soldados, para distraer sus ocios en el mar, hablan por ejemplo de que la isla de Lampedusa está encantada. Son seres para los que el milagro se hace presente con frecuencia. ¿Qué importa que un día antes hayan destrozado a mujeres indefensas en tierras griegas tomadas por el turco? Comentan con piadosa unción que a la Virgen habrá que llevarle una ofrenda que consiste en bizcochos, queso, aceite, tocino, vino y dinero: "Toda esta limosna, tan grande, no consiente la imagen que la tome ningún bajel de cualquier nación, salvo las galeras de Malta, que la llevan a la iglesia de la Anunciada de Trapaní, si otro lo toma, no puede salir del puerto". Estos soldados, en medio de la inconsciencia en la que viven, gozan la vida de una manera brutal y paradójica no obstante la miseria, las adversidades climatéricas, los dolores físicos debidos a la enfermedad o a las heridas. Por lo general son hombres sencillos en lo individual, pero complejos e ininteligibles desde un punto de vista histórico.

Quien lea las memorias de esta gente se dará cuenta, como ya advertimos, de la ingerencia del más allá en los acontecimientos cotidianos. Bastará el ejemplo que nos ofrece Pasamonte (torturado, el más, por la idea de una

permanente persecución) para ilustrar esta modalidad del espíritu: "Un día de la semana de Albis, a la noche, yo estaba en mi cama rezando, creyendo me había de morir entonces, y bajó aquella buena mujer con su marido, y el marido traía una candela en un candelero encendido. Ella entró delante y el marido se paró en mi cabecera. Ella me preguntó cómo estaba y yo le dije que mejor, y en este instante comenzaron a dar vueltas tantos demonios unos tras otros, en hábitos de frailecicos de San Francisco, como muchachos de ocho o doce años y de quince el mayor, y tantos que se hinchó la cámara. Yo, espantado, le dije: '¡Oh, qué bien acompañada viene, señora Catalina!', y ella me respondió: 'Bien, por cierto, que vengo con marido'. Y estando mirando el maldito espectáculo, vi otros frailes de diferentes regiones dalle vueltas alrededor, y éstos no eran muchachos, sino como hombres grandes, y de la religión de Santo Domingo no vi ninguno. Y entonces volví la cara a la pared, llorando mis ojos; y tornando a mirar la mala mujer, vide un demonio en hábito de clérigo y sin cuello, que daba grandes saltos el derredor della con mucha alegría. Juzgue Dios y vuestras reverencias el caso, que yo no me atrevo a decir nada ni quiero, sino que digo que no fue sueño, sino que lo vide con estos ojos corporales. El marido no sé si veía nada. Dijéronme si quería algo. Yo dije que no, y así en aquel instante una multitud de demonios de aquellos se hundió hacia la mano izquierda y dos otros, que estaban encima de otros (que no cabían en la cámara) se hundieron al rincón de la mano derecha". Páginas como ésta, cercana, la más, a una pintura de Breughel o de Bosco, llenan de fantasmagórica vivacidad el libro. Los últimos capítulos presentan el espectáculo de una mente alucinada y enferma; no son sino las letanías u oraciones que el soldado escribe para alejar de sí a los "malos ángeles". Vive Pasamonte asaltado por la idea de que los daños llegan a los católicos porque se privan de la comunión; de que son víctimas de sus propios pecados. Por ello reniega del demonio y a todas horas se santigua. Tal actitud lo enardece y sería capaz de dar la vida por el triunfo de sus más íntimas creencias.

Por lo demás una especie de apatía, de conformismo, empieza a adueñarse de la mentalidad de la época. "Bien venga el mal si viene solo" grita Pasamonte. Sus lamentos nos remiten a estados de ánimo poco o nada favorables al goce de la vida. El hambre, el frío del invierno, un dolor de muelas atroz, la prisión o el cautiverio lo ameritan, sí, pero la fortaleza moral apuntada en un Hernán Cortés ya no existe. De hecho se soporta al mundo y se superan las adversidades, pero Pasamonte no tiene el ingenio de un Lazarillo de Tormes ni la alegría o el vigor de una Teresa de Jesús. La sensibilidad, encallecida, se resigna a la mala fortuna aunque físicamente el hombre es tan recio que puede, en dos meses enteros, no comer "otra cosa

sino un panecico y bien pequeño, y una taza de vino que me daba en Santiago, mañana y tarde". En parte por el hambre y la debilidad corporal, en parte por la imaginación, desenfrenada y loca, cualquier acontecimiento se llena de signos misteriosos y fecundos. Es fácil entender que, legales herederos de mentes como ésta, Don Quijote o Segismundo se debatan entre el sueño y la vigilia, la realidad y la realidad inventada por la fantasía. Existen también escenas que, por ser prefijadas, resultan imposibles de calificar como no sea dentro de una atmósfera de hechizo. Estando un grupo de soldados españoles de paso por Francia, reciben del correo la noticia del asesinato del rey, Enrique IV, varios días antes de que el suceso aconteciera. Otras hay rodeadas de misterio: Miguel de Castro encuentra a un perro al bajar por una escalera. Con la espada lo traspasa y toca la pared, pues el bulto ha desaparecido. Tales escenas menudean con otras que parecen estar arrancadas de la novela picaresca, todo lo cual hace de estos libros verdaderos documentos de entretenimiento y sorpresa. Don Diego Duque de Estrada explica lo que ocurre en el interior de las iglesias, a las que "concurrían mujeres de la vida penosa a gastar lo que con tan penosa vida ganaban; allí se descartan hombres de palabra; se amenaza a muerte; se dan pólizas de vida al quitar; se cuentan hazañas nunca oídas ni aún hechas; se mata en creencia y se da vida en fiado; finalmente, aquí tiene el demonio fragua y ministros y posesión dentro de sagrado".

El amor se toma generalmente como una anécdota más, entre las muchas que ofrece la vida. El soldado, como el pícaro, está demasiado ligado al azar para que logre encadenarse a las redes de un vínculo no siempre fácil. Raptos, riñas afectivas, convivencias fortuitas, duelos de honor, escenas eróticas desprovistas de pudor, licenciosas costumbres en casas de cita, acuciosos relatos con putas y con monjas hacen de esta literatura algo vibrante y ágil. Don Diego, según dijimos, mata a su "hermana y mujer" y después de una existencia agitada, en la que recorre Italia y Francia repetidas veces, se enamora de Doña Francisca y abandona, por ella, a su mujer y a sus seis hijos. Como en la mejor comedia de Tirso de Molina, la protagonista, vestida de hombre, escapa con el soldado para huir del amante cornudo, íntimo amigo de don Diego. Miguel de Castro, el menos literario y el más feroz de todos, envenena a Virginia por *piEDAD*, es decir, para que no sufra más el tormento al que la han sometido después de que Miguel ha matado —en defensa personal— al padre y al hermano de la italiana. Más adelante conoce a una prostituta por la que padece infinitos males pues se enamora perdidamente de ella. Con los "sentidos privados de la razón" este ser primitivo nos cuenta el dolor amoroso, mismo que lo impulsa a escribir versos y sonetos. La imprudencia lo lleva a desobedecer al capitán del cual es

criado; a faltar a la palabra prometida porque “¿qué razón o qué prudencia puede tener un hombre de aquesta suerte y privado de ella”? El capitán le dice que parece encantado y en efecto pues “ni era señor de mí, y no podía, aunque contra mi voluntad, dejar de darle disgustos”. Pero este amor macerado y terrible es la excepción. Lo que existe es la aventura fácil y el pronto olvido, sin que ello excluya celos, desilusiones y la desconfianza que conduce a la agresividad cuya máxima etapa es el asesinato. En estos documentos se habla del sexo o de sus relaciones con desenvoltura, con un descaro inusitado si reconocemos que el tema —fuera de *La Celestina*— es siempre prohibido tanto en la literatura como en la vida. Esta desfachatez, este cinismo que a veces se presentan se deben, por una parte, a la índole social del personaje mismo; por la otra, a la vecindad con Italia, donde acontecen generalmente estos sucesos. Tenemos la impresión de que el sobrio carácter español se expande y cobra espontaneidad en la medida en que incrementa sus relaciones con los italianos, seres libérrimos, optimistas, sensuales, frívolos y poco, o nada, religiosos. El sexo no se encubre: al contrario, se disfruta sin delicadeza, con la brutalidad propia de quien no conoce el refinamiento ni el lujo.

Por todo lo dicho anteriormente es lógico deducir que el gran problema —para un historiador que enfocara estas narraciones como parte de una historia de los sentimientos— es la carencia de los mismos si por ellos entendemos la más elemental forma de sensibilidad. Este soldado que narra, o no abriga el sentimiento, o lo expresa torpemente, o lo excluye al escribir. A Pasamonte ya le pueden romper varios palos en la cabeza, que sigue tan campante. Fuera de unas cuantas excepciones no hay amor, ni hay manifestaciones de dolor; tampoco hay piedad, temor o alegría. Como es natural la insensibilidad se refleja en cada acto —aún el más insignificante— de la vida. Tal humanidad (estos soldados que llevan el germen del desengaño barroco) infestará la vida y el arte del siglo XVII y es lógico que en Lope o en Tirso las mayores crueldades se cometan sin que un solo signo de misericordia acompañe a la acción. Susceptible pero no sensible, este hombre se rodeará de un caos íntimo que lo llevará a un perpetuo asombro, a una perplejidad permanente, como es el caso de los personajes dramáticos que ofrece la escena de Calderón.

Pero ¿a dónde conducen estos minuciosos relatos de los hombres de armas? ¿A dónde este mundo de aventura, de pasmo, de admirable osadía? Ya lo dijimos al principio: al ascetismo, a la retirada vida del anonimato o de la celda. Porque la “adversa estrella” —culpa, por lo general, del demonio, los lleva de fracaso en fracaso hasta que, cansados de su ser (que implica farronería, orgullo, lascivia, ira y codicia) reconocen, como don Diego Duque

de Estrada que “¡Cuán desengañados vivimos los mortales en esta vida! ¡Qué falaz es el tiempo, qué vanas las esperanzas y qué frágil la confianza a donde funda un hombre su descanso!”

Estamos ya a leguas de distancia del ambiente de *La Celestina* y del Renacimiento; de esa actitud que hace del hombre un ser nacido para el placer de los sentidos. Y es que no sólo los signos de la realidad se traspasan sino que, al lograrlo, el ser humano se empeña en vivir la nueva realidad y desplaza, poco a poco, los signos de la realidad exterior. Este juego, en parte mental, en parte imaginativo, será el marco propicio para el hombre barroco quien —contrariamente al romántico— deja, por esta diversión, el dramático ángulo de los sentimientos. Ya en seres tan primitivos como estos soldados y en especial algunos, como Pasamonte o Miguel de Castro, podemos sorprender la química espiritual a la que están expuestos. Ya vimos que los *gusanos* que salen de las heridas de la muerte son, para el narrador, *dragones* que habrán de perseguirlo por ese mar de confusión y desengaño que es la vida. Lo que va de *gusano* a dragón es la misma distancia que lleva de la realidad a la realidad barroca. Este hombre necesita forzosamente crear un mundo más allá de sí mismo porque la ambición de la Conquista lo ha desilusionado. ¿Qué esperar, entonces, de mentalidades superiores, del llamado *ingenio* de la época? ¿Cómo asombrarse ante un licenciado que se creía de vidrio o de unos perros que hablan? ¿Cómo de un diablo cojo encerrado en un redoma o de un caballero que se lanza contra los molinos de viento de la Mancha al confundirlos con gigantes?

El desconcierto vital se ha sembrado. Un Imperio próximo a derrumbarse oscila sobre las cabezas y las hace irradiar rencor y genio, ira y esplendor artístico. Todo será gris y sombrío y nada habrá de quedar de la fortaleza de los místicos o de las grandes hazañas de Cortés, como no sea el recuerdo. Pero aún hay, en la literatura, el esfuerzo de creer en el engaño de un mundo de armonía. Se trata de un escritor cuyo vicio supremo es la virtud; cuyo pecado es la gran altura de su espíritu. Y este paso —que da Cervantes en las *Novelas ejemplares*— será el último que dé el Renacimiento antes de llegar al esplendor artístico barroco.